

N O T A S B I B L I O G R A F I C A S

La Filosofía de la Historia en la Antigüedad y en la Edad Media. LEÓN DUJOVNE. Buenos Aires. Ediciones Galatea. Nueva Visión, 1958. Pp. 246.

La Filosofía de la Historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. LEÓN Dujovne. Buenos Aires. Ediciones Galatea. Nueva Visión, 1959. Pp. 244.

Considerando la cantidad de materiales existentes, sorprende notar la escasez de nuevos libros sobre la *historia* de la filosofía de la historia. Tenemos los pioneros esfuerzos de Flint, Bury y Dilthey, y los más especializados estudios de Mandelbaum en los Estados Unidos, Löwith en Alemania, y Bréhier en Francia, pero poco de reciente acuña. Hay pues un gran hueco en la literatura que León Dujovne, el filósofo argentino, ha buscado llenar. En general, hay que decir que lo ha logrado admirablemente. Estos dos volúmenes representan una excelente introducción a la evolución de las teorías de la historia.

Cada volumen tiene sus propios fuertes y debilidades. El primer volumen ofrece una particularmente aguda cuenta de las teorías de la historia implícitas en los Testamentos bíblicos. El comentario de Dujovne de que "el Dios de Israel es el Dios de la sociedad y de la historia, y no sólo el Dios del individuo", cualesquiera sean sus controvertibles elementos, ofrece una base para comparar los respectivos puntos de vista del judaísmo y la cristiandad. El análisis de los historiadores y filósofos griegos produce frescas penetraciones en el origen de las teorías cíclicas de la historia de Platón, el atomismo griego y su relación con el historicismo, y ¹²⁵ distintas posiciones filosóficas de Herodoto y Tucídides. Dujovne discute ^{aglic*3'} mente la proposición de Collingwood de que el pensamiento griego fue esencialmente antihistórico. Aunque Dujovne está en lo cierto en el sentido ^{obvio} de que la filosofía griega implica una amplia visión de la historia, ^{Còl.n6w00A} ha dado origen a un problema serio. Pues desde que la filosofía de la historia implica determinaciones teológicas de alguna clase, aquellos griegos que pensaron en términos de descripciones científicas o empíricas antes que de prescripciones teológicas estaban ciertamente comprometidos en una visión de la sociedad "antihistórica" (léase antihistoricista). Es éste el elemento de *The Idea of History* de Collingwood que Dujovne no explora.

La intención declarada de Dujovne es la de realizar cierta clase de revisión cuantitativamente completa. No es pues impropio señalar dos serios errores de omisión en el primer volumen. Ambos implican un injustificado sentimiento occidental de superioridad, que sorprende más en vista del aprecio del autor por Dilthey, quien poderosamente trató de quebrar las artificiales barreras entre Oriente y Occidente. No hay referencias al taoísmo, al confucionismo, al budismo, ni a los textos Upanishad. Para una revisión del pensamiento histórico de estas tradiciones el lector aún debe confiar en la obra de George Misch, Walter Rubén y Joseph Needham. El otro principal defecto, en los capítulos que tratan del pensamiento medieval, es la ausencia de toda consideración a la influencia arábiga. El precursor de Vico en el siglo xiv, Ibn Khaldun, no merece ninguna noticia, ni tampoco los comentarios de Averroes sobre la República de Platón ocupan la atención. De igual modo, el averroísmo latino de Marsilio de Padua, que representa una consciente aplicación del aristotelianismo heterodoxo a la sociedad, no recibe ningún comentario. Esta ausencia es notable, puesto que la primera filosofía de la historia conscientemente desarrollada fuera de la instrucción teológica fue creada por pensadores árabes.

El segundo volumen, que trata de la filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el Iluminismo, es en conjunto un trabajo superior que muestra menos que el primer volumen las huellas del apuro. Los materiales sobre las escuelas italianas de Maquiavelo, Bruno, Guicciardini y Vico están hábilmente presentados. Las observaciones sobre Vico son especialmente agudas por su reconocimiento de la delicadeza con la que Vico manejó la relación entre progreso histórico y revelación divina. La sección sobre Bruno es una extensión de las ideas de Gentile, que desafortunadamente no hace ninguna referencia directa a los escritos éticos de Bruno, ni al trabajo sobre Bruno, hecho por Singer, Lovejoy, White y Grossman. Por mucho, las secciones más sobresalientes son las del pensamiento inglés y francés en el siglo xviii. Los franceses, cuando son conocidos, son demasiado frecuentemente ignorados por la moda de hoy en día; en tanto que los ingleses simplemente no han recibido el beneficio de un análisis cuidadoso. Dujovne ha realizado una hábil síntesis de ambos. Desafortunadamente, el autor no demuestra la misma familiaridad en su tratamiento del *Aufklärung*. Herder es satisfactoriamente tratado con referencias a los textos, en tanto que Lessing es tratado superficialmente. Es llamado "Gottlob" en lugar de "Gotthold" (p. 176), mientras que un extenso párrafo de *History of the Philosophy of History* de Flint es ofrecido sin cita (p. 181). Para Lessing como para Bruno, las principales fuentes secundarias no fueron consultadas, i. e., Zur Deutschen Geschichte de Wehring, y Lessing: *Zwölf Biographische Studien* de Schneider.

La ausencia de toda consideración de Hobbes y Espinoza resta mucho del valor de la empresa de Dujovne. *Behemoth*, de Hobbes, que constituyó un intento histórico en la ciencia de la naturaleza humana de explicar el curso y las causas de la Guerra Civil inglesa, no es mencionado. Ni lo es tampoco el *Tratado Político* de Espinoza, que claramente es más que un estudio comparado de forma de gobierno, tratando como lo hace de la evolución histórica del estado humano desde el egoísmo del estado natural a la conciencia del estado social. Lo que hace especialmente difícil comprender la falta de toda discusión de Espinoza es el principal estudio en cuatro tomos de Dujovne, Spinoza, llama la atención sobre el criterio histórico espinoziano para juzgar las sociedades humanas (Vol. III, Cap. 10).

Al articulista le agradecería ver, en volúmenes subsiguientes, además de una mayor atención a las fuentes secundarias, algo más que apaciguadoras aseveraciones de que la filosofía de la historia no ha sido reemplazada por la sociología. El tipo

de división de responsabilidades sugerido —la sociología trata de lo empíricamente dado y el presente, mientras la filosofía de la historia se interesa principalmente en la idea del futuro— parece originar más problemas de los que resuelve. A fin de reducir las ambigüedades en la filosofía de la historia, el autor debería ofrecer algún análisis de la relación de este campo con las tradiciones mesiánicas en la religión y en las proyecciones utópicas, que tanto caracterizan el pensamiento social hacia el siglo xviii. Aún podemos esperar que en los siguientes volúmenes el autor se oriente hacia cuestiones tales como el contenido de verdad de específicas filosofías de la historia y si, en efecto, la filosofía de la historia puede sobrevivir en una era de ciencia social analítica. Hasta que tal examen se haga, no puede intentarse un juicio final sobre el valor cualitativo del estudio del Profesor Dujovne. Pero esto no impide una apreciación del esfuerzo que ha realizado para delinear la génesis y el desarrollo del concepto de historia entre los filósofos.

IRVING LOUIS HOROWITZ

Bard College.